

La Ilustración Católica

SUMARIO.

TEXTO: *Revista*, por V. P. Nulema.—*Glorias de España*, por D. Rafael Milan.—*El Mulato de Murillo*.—*Los grabados*, por X.—*Soneto á un ángel*, por don P. Fernandez Abril.—*Novela*.—*Cronometría*.—*Anuncios*.

GRABADOS: *El cardenal Pecci*.—*El pórtico llamado de la Gloria en la catedral de Santiago*.—*Aspecto de la calle de Sèvres en París el día de la expulsión de los jesuitas*.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Madrid y provincias.
Tres meses... 16 rs.
Un año... 60 »
Cuba y Puerto-Rico.
Seis meses... 2 1/2 ps.
Un año... 4 »

PRECIOS DE SUSCRICION.

Extranjero.
Seis meses... 11 fr.
Un año... 21 »
Filipinas y Méjico.
Seis meses... 3 1/2 ps.
Un año... 6 »

DIRECTOR: D. MANUEL PEREZ VILLAMIL.

Madrid, 28 de Julio de 1880.

ADMINISTRACION: ESTRELLA, 7, SEGUNDO IZQUIERDA.

Época 2.^a—Año IV.—Tomo IV.

NÚMERO 4.^o

Número suelto, real y medio.

Llamamos eficazmente la atención de nuestros lectores sobre las Advertencias de la última plana.

REVISTA.

El telégrafo nos ha comunicado la triste noticia de haber ocurrido en Filipinas violentos temblores de tierra. El domingo, 11 de los corrientes, segun los partes recibidos, sintiéronse por mañana y tarde movimientos de oscilacion y trepidacion simultáneos, que ocasionaron la ruina de muchos edificios y bastantes desgracias personales. Los terremotos han sido generales en casi todas las provincias, donde se han abierto volcanes que arrojan agua hirviendo y nubes de arena, produciendo horrible pánico en los habitantes del país, no obstante la frecuencia con que allí se repiten estos fenómenos.

Entre la numerosa colonia española que reside en el archipiélago, se dice que no han ocurrido desgracias personales, porque hubo tiempo para salir al campo, poniéndose á salvo del hundimiento de los edificios, que en tales casos las ocasionan. Sin embargo, muchas familias se habrán quedado sin casa y sin recursos, expuestos á las amargas contrariedades de la miseria en países tan remotos.

La inmensa distancia que nos separa de nuestros desventurados hermanos de Filipinas, ¿podrá ahogar la voz de estos dolores para que no halle eco en el corazón compasivo de la madre patria? La fidelidad de los indios al pabellon nacional; su respeto y obediencia á las autoridades españolas; el amor y veneracion que profesan á los misioneros, que allí representan á la vez la causa de la religion y la causa de la patria, ¿podrán olvidarse en estos momentos en que tanto necesitan de nuestro amparo y de nuestros socorros?

Las islas Filipinas, cuyo solo nombre es un título de simpatía para los que amamos las glorias de la Monarquía española, constituyen hoy la colonia más próspera y floreciente de nuestras posesiones ultramarinas. En una extension superficial de 9.000 leguas cuadradas, habitan cerca de seis millones de habi-

tantes, consagrados á la agricultura y al comercio, que reportan grandes beneficios á la metrópoli. El gobierno es allí fácil y suave; la fuerza militar nada tiene que temer del país que guarniciona; cóbranse sin dificultad los tributos, respétanse fielmente las leyes, y practícanse con fruto los deberes de la religion.

Todo esto es fruto de las Órdenes religiosas que allí ejercen su apostolado, las cuales, con tanta caridad como patriotismo, mantienen entre los indios el espíritu religioso y nacional, preservándoles del contagio de la revolucion moderna, que propende á romper los vínculos sagrados de la virtud y del derecho. Cuando España no debiera otros beneficios á las Ór-

denes monásticas, éste bastaría para que nuestros Gobiernos les dispensaran la consideracion altísima que se merecen.

Ahora bien; ante la desgracia que aflige á los habitantes de Filipinas, ¿no es un deber acudir en su auxilio, favoreciendo de paso la obra patriótica de los misioneros, que serán en estos momentos el paño de lágrimas de sus feligreses, afligidos por el terremoto? No sabemos lo que hará el Gobierno; pero en lo que toca á los particulares, el camino es llano y sencillo. Aleccionados por la experiencia, necio será el que dé limosna por medio de suscripciones solemnes y públicas. Existen en Madrid Comisarios ó Procuradores de los misioneros de Filipinas, que podrán muy bien recibir y enviar á sus hermanos los generosos donativos de la caridad con motivo de la desgracia. Los misioneros recibirán estas limosnas y las repartirán mejor que nadie, sin que haya que temer que se mermen los donativos ó que se malvianten en la distribucion.

Tal es el medio mejor que se nos alcanza para enviar socorros á Filipinas, acudiendo así á remediar desgracias que, no por ser lejanas, deben doler menos en el corazón de los españoles.

El mes de Julio ha puesto la temperatura de Madrid á precio de mil sudores. El termómetro ha llegado á marcar cuarenta y un grados á la sombra, calor espantoso, que no se puede considerar friamente.

No hay que decir que la emigracion veraniega ha llegado á su colmo. Se calcula en 40.000 las personas que han salido de Madrid huyendo de la quema; quién á bañarse en las playas del Cantábrico, quién á lavarse las manos en el arroyo Abroñigal. Es ya vergonzoso haberse quedado en Madrid, apegado á su casa como fogonero á la boca del horno. Cuando veo á las gentes ir por las calles muy acaloradas, pienso si aquel sudor provendrá del sofoco de no haber salido á veranear.

Dicen los comerciantes que los veranos los arruinan, y así debe ser, porque el verano, en opinion de un escritor ingeniosísimo, no es más que una quiebra comercial. Es el calor que pone á la hu-



EL CARDENAL PECCI.

manidad en liquidacion. Del mismo autor es el pensamiento que sigue:

«Diciembre es el mes más delicioso del año; sólo que hay que mirarle á cierta distancia.» Mírese á la luz de Julio y se comprenderá la exactitud de esa observación.

La poca gente que ha quedado en Madrid, avergonzada de que la vean, procura salir á la calle de noche. En cuanto el sol desaparece y las sombras de la noche cubren el espacio, comienzan á abrirse puertas y ventanas, y por ella van asomando la cabeza las víctimas de la estación, ceñidas de blancos sudarios. Los más resueltos échanse luego á la calle, y bajando por la de Alcalá, deslízase al salón del Prado ó los Jardines del Retiro, donde cambian indudablemente de aires, tomando, ora el polvo de los paseos y la humedad de las fuentes, ora los aires de Chopin, de Mozart y de Rossini, agitados por la orquesta de Breton y compañía.

Por fortuna, este estado de cosas durará muy poco, pues dentro de esta semana regresará la Corte á Madrid, y con ella vendrán muchos emigrados, que si no traerán fresco, traerán, por lo ménos, animación que nos divierta. Posible es que también traigan aires frescos, pues son gentes que van donde el viento las lleva, y cuando vuelven á Madrid, siguiendo á la Corte, es prueba de que los vientos van á soplar por este lado. Ya es tarde, si hemos de salir del horno en que nos achicharramos.

Aunque parece que el arte de robar es superior al cambio de las estaciones, los rateros de Madrid deben llevarse bien con el verano, porque es cuando ellos hacen su agosto.

No pasa día en que no digan los periódicos noticiosos: «Aprovechando la ausencia de los dueños, penetraron ayer dos ladrones en la casa número tantos, y sustrajeron varios objetos y ropas, dejando cerrados y rotos algunos cajones.»

Se conoce que los rateros llevan con exactitud la cuenta de los emigrados, y les quieren ayudar en su huida, aligerándoles de las ropas que les quedan. Y vean Vds. si se necesitará sangre fría para ser ladrón, cuando en este tiempo se dedican á cargarse con tanta ropa. Al fin la polilla, que compite con los ladrones en desnudar á los madrileños ausentes, se contenta con agujerear los paños, como si quisiera dar paso al aire; pero los rateros se la echan encima, y muy frescos se la llevan á sus casas.

Será preciso con el tiempo que todos los que se vayan lleven consigo su casa, para que al volver de tomar aires no se encuentren acometidos de un sofoco.

Un periódico norte-americano da la noticia de que la dirección de los globos es un problema resuelto. El inventor hará pronto un viaje á Europa, recorriendo las principales ciudades del mundo.

La noticia debe ponerse en cuarentena, y no porque dudemos de la solución del problema en un plazo más ó ménos corto, sino porque va siendo costumbre de los *yankes* repetir todos los años la misma novedad, esperando que algún año sea cierta.

¡Entonces sí que podremos salir á tomar aires! El lujo de los viajes habrá llegado á su perfección. Cada familia podrá fletar un globo y trasladarse en él adonde mejor le plazca. Ya no se preguntará: «¿Sale usted este verano?» sino que se dirá: «¿Sube Vd. este verano?» Y en efecto, subiremos, enseñoreándonos del espacio, que nos prodigarán sus aires más puros y sus brillantes tempestades.

Y vaya de inventos. Otro norte-americano, M. Tanner, acaba de descubrir el medio maravilloso de vivir sin comer. Para demostrar la exactitud de su invento, háse sometido á la experiencia, y á la fecha de las últimas noticias llevaba ocho días sin comer, y había perdido catorce libras de su peso.

Los médicos que lo han reconocido aseguran que no está loco, y nosotros nos inclinamos á este parecer. M. Tanner debe ser, por el contrario, un hombre ingenioso. Perseguido tal vez por la miseria, se encontró un día con que no tenía que comer; pidió, y no le dieron. Entonces se encerró en su cuarto, ó más bien se tendió en medio del arroyo, y dijo: «Carezco de todo recurso, ó de otro modo, poseo un hambre que me mata. Puesto que el hambre es la única cantidad positiva que tengo, debo vivir del hambre. Impondré esta cantidad en la caja de la cien-

cia positivista, y en poco tiempo me producirá cantidades fabulosas. Adquiriré crédito, y el crédito es hoy el rey del mundo, por lo mismo que representa una solemne mentira.»

Y en efecto, M. Tanner ha puesto á contribución el hambre, y tan buen resultado le va dando el negocio, que estamos seguros de que no volverá á sentir la en toda su vida. ¡Oh progreso moderno, dónde nos van llevando tus descubrimientos!

La cosecha de cereales se está haciendo en casi toda España con éxito muy lisonjero. Los periódicos comerciales publican cartas muy halagüeñas de las comarcas más fértiles, en algunas de las cuales no se ha conocido hace años cosecha más abundante. Los precios de los trigos, sin embargo, no bajan lo que podía esperarse, lo cual se atribuye á la mucha extracción para el extranjero y al atraso en que estaban las fábricas por efecto de los malos años anteriores.

De todos modos es un gran consuelo la abundancia de la cosecha cuando nos afligen tantas calamidades, pues siquiera no faltará el pan á los pobres, aún cuando se cierren fábricas y ocurran calamidades públicas, como las que á toda hora se repiten. Dios aprieta, pero no ahoga.

Fíjase para los primeros días de Agosto el regreso de la Corte.

Con la Corte vendrá la política, y con la política, á pesar del sol, la animación y los paseos en la Carrera de San Jerónimo.

Calcúlase para fines de Agosto el alumbramiento de Doña María Cristina, y ya comienza á tratarse entre los *diletanti* de los festejos con que se solemnizará el fausto suceso.

Corre el rumor de que no habrá más funciones que las interiores de Palacio, y que el dinero que había de invertirse en faroles y cohetes se dará á los pobres, para que sea la caridad la reina de la fiesta. Sin embargo, esto es ahora, que cuando llegue el suceso tendremos lo de siempre, y el Ayuntamiento de la capital, con la esplendidez que acostumbra, gastará muchos miles de duros en arcos, pólvora y percalinas, para no desmentir su buen gusto en materia de festejos populares.

Consolémonos de estos días de aburrimiento y de soledad con las alegres fiestas que se preparan. Bajará el termómetro del Observatorio, y subirá la animación del público, ávido de novedades. Al calor del sol que nos hace sudar, reemplazará el calor de los sucesos que nos divierten. Esperemos en el curso de los acontecimientos, que sólo nos es lícito ser felices esperando serlo.

Detrás de la esperanza está el desengaño, como detrás de la cruz el diablo.

V. P. NULEMA.

GLORIAS DE ESPAÑA.

EXPEDICION DE LOS CATALANES Y ARAGONESES
Á ORIENTE.

Roger de Flor.

I.

El sol, apareciendo por el rosado Oriente, reflejaba sus primeros rayos en las tranquilas aguas del Bósforo. Allí á lo lejos, en la imperial Constantinopla, se destaca de entre la oscura masa de sus apiñados edificios la elegante torre de su iglesia de Santa Sofía, que se eleva hasta querer tocar el claro azul del firmamento. Los habitantes de la gran ciudad se dirigen presurosos á la embocadura del puerto, donde, reunidos grandes y pequeños, esperan con ansia, dirigiendo sus inquietas miradas hacia el horizonte, como queriendo interrogar al viento, que trae en sus alas al monótono ruido de las olas que se suceden.

El imperio de Oriente toca ya á su término; sólo un milagro puede salvar los vestigios de su antiguo esplendor. Sólo una mano fuerte puede detenerle al borde del precipicio que se abre anunciándole su próxima ruina. El débil Andrónico mendiga el auxilio de los monarcas cristianos, que, sordos á su llamamiento, miran indiferentes la caída del Imperio griego. Sólo un eco ha respondido desde lejanas tierras á la moribunda voz del descendiente de los

Césares. Roger de Flor, caballero catalán, célebre por sus muchas proezas, al frente de 8.000 aventureros de su país, toma á su cargo el mantener sobre sus ya débiles cimientos el edificio del Imperio. Arrojado como español, Roger sólo había atendido para lanzarse á tan aventurada empresa á que ella le proporcionaba ancho campo donde lucir su valor y añadir una página más á la historia de su patria.

Fadrique de Aragon le aprestó los bajeles que necesitaba para conducir su reducida hueste, y ántes de darse á la vela para Oriente, Roger hizo jurar á sus compañeros que la sangre de todos ellos enrojecería los muros de Constantinopla ántes que empañar la gloria adquirida en tantos combates, ni echar ningún borron infamante en las antiguas barras de Cataluña.

Andrónico supo la salida de Roger á la cabeza de los aventureros, y el placer y la esperanza volvieron á hallar cabida en su angustiado corazón. La corona que ya se balanceaba sobre sus sienes, parecía que había adquirido mayor firmeza; y la caída que ántes se tuvo por segura presentaba ya bastantes probabilidades de convertirse en triunfo.

El pueblo supo también tan fausta nueva, y cada día esperaba con ansiedad ver aparecer las blancas lonas, indicio cierto de la llegada de sus salvadores.

Por eso la mañana de que hablamos, la apiñada multitud, con la vista fija en las aguas del Bósforo, que se confundían allá á lo lejos con el azul del horizonte, aguardaba con impaciencia la aparición de algún buque que viniese á realizar sus esperanzas.

Roger de Flor, á la cabeza de 8.000 catalanes y aragoneses, llegaba por fin á Constantinopla. El emperador, seguido de toda su corte, había salido en una ligera embarcación hasta la embocadura del puerto. La población entera se preparaba para tributar su homenaje á los que, sin miedo á los reveses de la fortuna, surcaban la inmensidad de los mares para ayudarles.

De pronto una confusa gritería anuncia la proximidad de la flota que conduce á los aventureros. El buque imperial iza el pabellón de sus señores; el pueblo se arremolina junto al desembarcadero, y todo, en fin, anuncia el general contento.

Roger de Flor fija su invencible planta por primera vez en las playas de Bizancio, y la tierra parece que vacila bajo el peso de sus armas; que chocan estremecidas, produciendo un sonido que se asemeja al último suspiro de un moribundo. Seguido de Rocafor y Estenza, sus compañeros de mando, el valeroso catalán busca con la vista á Andrónico; éste adivina su pensamiento, y acercándosele, le abre los brazos con muestras de la mayor emoción.

—Roger, le dijo, desde hoy más te considero como un individuo de mi misma familia. Tus deseos serán los míos, y unidos ambos, tú serás la columna donde descansa el peso todo de mi imperio. Para prueba de que mis palabras no son producidas por el vano humo de la lisonja, te nombro desde este momento mi Megaduque (1); y volviéndose á uno de sus cortesanos:—Vé, prosiguió, y que los compañeros de Roger sean tratados como mi misma persona, y hallen por donde quiera que se dirijan corazones dispuestos á recibirlos y agasajarlos.

Roger respondió á Andrónico queriendo arrodillarse:

—Señor, las mercedes que me dispensas son más de las que merezco por mis servicios. Nacido sobre un campo de batalla, mi destino está en medio de los combates, y en ellos sólo vivo. Mi espada, acostumbrada á tener poco roce con su vaina, perdería el filo si la privase del vapor que exhala la sangre de los que cayeron bajo su peso; por consiguiente, nada tienes que agradecerme.

Iba á proseguir, pero el pueblo entusiasmado le arrebató en medio de su torbellino, y rodeados por Andrónico y su corte, Roger, Rocafor y Estenza entraron á poco en el palacio de los emperadores de Oriente.

II.

El nombre de Roger de Flor se extendía victorioso desde los altos muros de Constantinopla hasta los desfiladeros del monte Tauro. Las espadas de sus guerreros se habían enrojecido mil veces con la sangre de los turcos, y el imperio de Oriente gozó alguna sombra de felicidad. Al oír el «desperta ferro», grito de guerra de sus almogávares, se estremecían

(1) Gran Duque.

sus enemigos, porque era el eco precursor de las victorias.

Tanto valor no podía menos de hallar envidiosos, hasta entre los mismos á quienes había salvado.

Andrónico, aseguradas ya las fronteras de su imperio, trató, aconsejado por su hijo Miguel, de buscar un medio para deshacerse de sus molestos huéspedes. Los cortesanos, comentando á su placer las menores acciones de los aventureros, lograron introducir la desconfianza entre griegos y catalanes; de modo que eran más bien conceptuados como enemigos que como auxiliares.

Roger quiso tener una explicación con Andrónico, y á este efecto se presentó en palacio. El emperador, que no quería aún romper con sus aliados, lo recibió con corteses palabras; pero Roger, con la franqueza y osadía propias de su carácter, le interrumpió diciendo:

—Señor, confiados en la lealtad de tus ofrecimientos, vinimos desde lejanos climas á salvarte de la ruina que te amenazaba. Hombres envidiosos de nuestra gloria tratan de indisponernos con tus súbditos, y si lo consiguen, nuestra sangre correrá humeante por las calles de Constantinopla. Pero por cada uno de mis guerreros que sea traidora y vilmente asesinado, caerán de sus troncos las cabezas de ciento de tus soldados. Extranjeros y lejos de nuestra patria, no por eso desmaya nuestro valor. Los españoles mueren, pero no se rinden jamás.

—Valeroso Roger,—le respondió Andrónico,—no sé qué fundamento tengan las quejas que has venido á exponerme; pero sean ellas las que quieran, ten entendido que siempre serás mirado como el salvador de Oriente. Tus soldados son impetuosos y exigentes, y la paz de que gozan hace algún tiempo no habrá dejado de producir algunos choques.

—Sé de dónde salen esos tiros, producidos sólo por la envidia y la maledicencia. Señor, en vuestro mismo palacio está la fuente de donde brotan todas nuestras disensiones.

Estas palabras se dirigían al príncipe Miguel, que se hallaba presente; y causaron grande impresión entre los cortesanos, que fraguaban la ruina de los catalanes. Andrónico, para quitar toda desconfianza á Roger, volviéndose á los señores que le rodeaban, les dijo:

—Mañana, mi sobrina Eronize contraerá matrimonio con el valiente Roger, que añadirá á sus títulos el de César de mi imperio. Y tú, mi noble amigo, convéncete con esta nueva prueba de que mis ofrecimientos no son tan vanos que puedan deshacerse como el humo al débil soplo de tus enemigos.

III.

Algunos meses habían pasado desde el casamiento de Roger con la sobrina del emperador Andrónico. El príncipe Miguel, envidioso de los continuos triunfos de los valerosos españoles, había ido sordamente predisponiendo los ánimos en contra de ellos, acusándoles de que querían alzarse con el imperio, declarando por su jefe á Roger. Los griegos, desconfiados por naturaleza, dieron crédito á las falsas voces que corrieron sobre las intenciones de los aventureros. Estos, acantonados en Galipoli y Andrinópolis, no prevenían el nublado que se acercaba, amenazando descargar sobre sus cabezas. Los traidores, á cuyo frente se hallaba el príncipe Miguel, aconsejados por éste, fingían para con los catalanes las mayores pruebas de amistad, para poder dar con más seguridad el golpe.

Roger, inocente de los planes que le atribuían, no tuvo inconveniente en aceptar el convite que le hizo Miguel en Andrinópolis, cayendo de este modo en los lazos que le tendían sus enemigos. Estos, que ya estaban preparados, acudieron en gran número al palacio del príncipe y aguardaron el momento de realizar sus planes.

El bravo Roger, acompañado de algunos de sus compañeros, sin más defensa que su corazón y su nobleza, entra en la sala del festín, y al momento un murmullo de desaprobación circula por toda la asamblea. Sin hacer alto en tal recibimiento, Roger se acercó hacia donde se hallaba el príncipe Miguel, y dirigiéndole una mirada en la que reflejaba su valor, se expresó en estos términos:

—Roger de Flor y sus compañeros, fiados en la palabra del hijo de Andrónico, han acudido indefensos á vuestro llamamiento. Si la traición se oculta

tras las falsas apariencias de la amistad, la sangre de los catalanes hará brotar vengadores en los opuestos y lejanos climas de Occidente, cayendo gota á gota sobre el corazón de los perjuros.

El príncipe, haciendo sentar á Roger á su derecha, le respondió estas palabras, que acompañó de una irónica sonrisa:

—Si nuestras intenciones fueran las que nos supones, en vano serían las amenazas que proferiste, y que olvido en obsequio al afecto que nos une. Valiente Roger, si en algo aprecias nuestra amistad, acompaña el brindis que te propongo.

Las copas se llenaron de espumante vino de Chipre, y el príncipe prosiguió:

—Brindo á la destrucción total de los enemigos del imperio que, bajo la capa de aliados, pretenden formar una nueva dinastía en Oriente.

Iba Roger á contestar á esta provocación, cuando las puertas de la estancia se abrieron, dando entrada á una multitud furiosa, armada de puñales, que se precipitó sobre los indefensos catalanes. Pocos momentos duró la lucha. Un grito de triunfo que se escapó de los labios del pérfido Miguel anunció la consumación del crimen que premeditara con tanta sangre fría.

Roger de Flor y sus compañeros habían sido vil y traidoramente asesinados.

IV.

Poco se hizo aguardar la venganza de los intrépidos catalanes. Andrónico vió derrotados sus ejércitos, y entregada á las llamas toda la Prepóntide. Rocafor y Berenguer de Estenza pusieron en vergonzosa fuga al traidor Miguel, y hartos de sangre y de matanza conquistaron á Atenas. Desde aquel tiempo contaron los reyes de Aragón entre sus títulos los de Duques de Atenas y de Neopatria.

De este modo la sangre del valeroso Roger de Flor desapareció bajo los escombros de las ciudades arruinadas, siendo su muerte el cimiento del nuevo cuartel añadido al escudo de armas de sus soberanos.

RAFAEL MILAN.

EL MULATO DE MURILLO.

I.

Corría el año de 1658. El sol acababa de presentarse por el horizonte, y Sevilla estaba todavía entregada á un profundo descanso, cuando muchos jóvenes de quince á veinte años se hallaban una mañana del mes de Junio reunidos en la puerta de una linda casa inmediata al convento de Capuchinos.

Después de saludarse amistosamente, llamó uno de ellos, y un negro abrió la puerta.

Casi todos á un mismo tiempo le dijeron:

—Buenos días, tío Gomez; ¿se ha levantado el maestro?

Con voz baja y gutural, contestó el negro:

—Todavía no, señoritos.

—¿Qué desarreglado tiene Vd. todo esto, Gomez! dijeron varios, entrando aceleradamente en el salón del trabajo y acercándose de prisa á sus caballetes.

—¿Por Santiago, que esto es extraño! dijo Suarez, que había abierto su caja y sacado la paleta. ¿Quién de Vds. salió el último del salón?

Gomez, mostrando muchísimo miedo, dijo:

—Vaya, está visto que el duende ha vuelto otra vez.

—¿El duende! ¿el duende! replicó Suarez encolerizado. Si yo pudiera atrapar á ese duende, lo cogería por el cuello y no lo soltaría hasta que me dijese su verdadero nombre. Señores, es una broma muy pesada la que se gasta conmigo, que siempre soy el más cuidadoso en limpiar mi paleta. Mis pinceles también están sucios como si acabaran de servirme.

—Vean Vds. una cabeza aquí en un rincón de mi lienzo, dijo Suarez poniéndose delante de su caballete.

—Ese es el retrato del canónigo D. Diego, replicó Córdoba. Mírenlo Vds. bien.

—¿Y sigue haciendo de las suyas el duende! exclamó Gomez.

—Verdaderamente, si es el duende de Gomez el que hace todas estas cabezas que por las mañanas encontramos en los cuadros, dijo Villavicencio, bien podía, ya que en todo se mezcla, haber tenido la bon-

dad de pintar la cabeza de la Virgen en mi *Descendimiento de la Cruz*. No puedo conseguir dar á la Santísima Virgen la expresión que debería tener; y al cabo de ocho días no hago más que borrar por la tarde lo que todo el día he estado pintando.

Al acabar de decir esto Villavicencio, se acercó desprevenido á su caballete. Dió un grito y quedó inmóvil.

Levantáronse todos, y acercándose á él, se quedaron también silenciosos y admirados.

En el centro de la pintura de Villavicencio, al pie de la cruz, y en el mismo sitio del cuadro donde la tarde anterior había borrado el joven discípulo su cabeza de la Virgen, se había pintado otra. Hallábase ésta en bosquejo; mas su expresión estaba tan llena de amor; era tan casta, el contorno era de una pureza tal y el colorido tan suave, que esta cabeza descomponía lo demás del cuadro, á causa de su superioridad sobre todas las otras figuras.

—¿Qué cosa tan hermosa! dijeron extasiados todos los jóvenes.

—En verdad que no sé, dijo Suarez, quién pueda haber pintado esta cabeza, á no ser Gaspar.

—¿Quién habla de Gaspar? dijo en tono alegre un joven de diez y seis años, que entraba en el salón, acompañado de un hombre como de cuarenta años, á quien los discípulos saludaron llamándole Mendez.

—¿Qué reservado debe Vd. ser, Gaspar! dijo uno de los interlocutores. Quéjase su padre de Vd. porque prefiere la literatura á la pintura, y ahora parece que es al revés, que Vd. pinta de noche y estudia de día.

—¿Quién dice que yo pinto de noche? replicó Gaspar riéndose.

—¡Vea Vd., vea Vd.! contestaron á un tiempo todos los discípulos, en cuyos cuadros se notaba alguna adición de figuras, cabezas ó brazos.

Mendez estuvo mirando, y dijo con gravedad:

—A fe mía, señores; esto no es obra de Gaspar.

—¿Qué motivo tiene Vd., Sr. Mendez, para creer que eso no sea de Gaspar? dijo Chaves.

—Es muy sencillo: porque Gaspar es incapaz....

—¿De dar estas bromas? repuso otro acabando la frase.

—De hacerlo tan bien, continuó Mendez.

Esta última expresión fué saludada con estrepitosas carcajadas.

—Entonces es Vd. quien lo ha hecho, Sr. Mendez, dijeron todos los discípulos.

—Me daría yo por muy satisfecho, replicó Mendez, si pudiese decir que esos toques son míos; pero ni he sido yo, ni estoy en edad de quedarme en vela toda la noche, sin más objeto que chasquear á Vds.

—Pues entonces, ¿quién es?

—El duende, dijo otra vez entre dientes el viejo Gomez.

—¿Al trabajo, señores, al trabajo! dijo Gaspar mirando á lo largo de la habitación. Oigo que mi padre baja; ya ha acabado de vestirse. Me voy, que no quiero encontrarme con él.

—¿Adónde vá Vd.?

—Á leerle al Sr. Mendez unos versos que he compuesto. Amigos míos, hasta la vista.

II.

—¡Sebastian! ¡Sebastian! ¡Sebastian!

Al oír estos gritos, repetidos cien veces por los discípulos en todos los tonos, se presentó en el salón un pobre joven mulato; y todo trémulo, contestó:

—Aquí estoy, mis amos.

—Sebastian, trae un lienzo nuevo, le decía uno.

—Sebastian, venga aceite, le gritaba otro.

—Sebastian, mi paleta.

—Sebastian, muéleme amarillo.

—Y bermellón para mí, añadía otro.

—Sebastian, vamos, pronto.

Deseando contestar al barullo de variados gritos con que le mandaban, corría el infeliz mulato de una parte á otra, siempre maltratado y casi insultado, por no poder servir á todos á un tiempo.

—¿Qué es esto? No parece sino que el salón se viene abajo.

Estas palabras, dichas con tono áspero y severo, produjeron un silencio general, y los discípulos saludaron respetuosamente al recién llegado. Éste era como de cuarenta años: tenía un aire distinguido, y estaba muy bien vestido.

—Vea Vd., Sr. Murillo, le dijo Villavicencio, mostrándole su cuadro.



EL PÓRTICO, LLAMADO DE LA GLORIA, EN LA CATEDRAL DE SANTIAGO.

—¡Muy bien! ¡muy bien! ¡Perfectamente, Villavicencio! contestó Ribera. Usted hace progresos notables.

—No he sido yo quien ha pintado eso, señor maestro, dijo Villavicencio algo apesadumbrado.

—En ese caso, tanto peor; mas ¿de quién es esto? replicó Murillo. Dígame Vd., ¿de quién es esto? añadió impaciente, porque esto es admirable. ¡Qué tono! ¡qué frescura! ¡qué colorido! ¡qué delicadeza en los toques! No tengo, señores, escrúpulo en decir que el que ha pintado esa cabeza de la Virgen, será algún día el maestro de todos nosotros. ¿Ha sido usted, Mendez?

—No, señor.

—¿Entonces es Vd., Suarez?

—Tampoco soy yo, señor.

—¿Si casualmente será Gaspar?

—Lo niega, señor, contestó Chaves.

—Si lo niega, debe creérsele bajo su palabra, replicó Ribera. ¿Mas de quién es esto? Esta cabeza de la Virgen no ha venido por sí sola y de su propia virtud á colocarse en medio del cuadro de Villavicencio.

—Por Dios, Sr. Murillo, dijo Córdoba, que era el más joven de todos; es menester creer á Gomez y á Sebastian.....

—¿Y qué?

—Es el duende el que.....

Córdoba se vió interrumpido por las risotadas y las burlas de todos los discípulos.

Búrlense Vds. de mí cuanto gusten, dijo con calor; mas lo cierto es que de algún tiempo á esta parte suceden aquí cosas extraordinarias, y que no se ven todos los días.

—Eso es verdad, porque todo eso sucede por la noche, replicó Villavicencio.

—¿Qué es lo que sucede por las noches? preguntó Murillo sin levantar la vista de la cabeza de la Virgen María, que veía allí tan maravillosamente pintada.



ASPECTO DE LA CALLE DE SÈVRES EN PARÍS EL DÍA DE LA EXPULSION DE LOS PADRES JESUITAS.

Córdoba le dió la siguiente explicación:

—Segun las órdenes que Vd. nos tiene dadas, todos, cuando salimos del salon, dejamos bien colocados los enseres, las paletas limpias, los pinceles lavados y secos, los caballetes recogidos, y puestos al revés los lienzos. Pues bien, Sr. Murillo; hace lo ménos un mes, si no es más, que cuando llegamos por la mañana, el uno encuentra su paleta llena de colores; el otro, sus pinceles sucios y rodando; en los lienzos ve uno concluido el brazo que había bosquejado el día anterior, otro encuentra en un rincon de su cuadro al demonio rechinando los dientes contra el pintor; algunos suelen hallarse con cabezas de ángeles; á veces se ve la cara de un viejo ó de un niño,

y tambien con frecuencia la caricatura de alguna persona que el día ántes estuvo en el salon, como puede usted observarlo en el retrato del canónigo D. Diego, que se halla en el lienzo de Suárez. En fin, Sr. Murillo, sería nunca acabar el referir todos los hechos sobrenaturales que por las noches acontecen en su salon de pintura.

—¿Si será sonámbulo Gaspar? replicó Villavicencio á su maestro.

—No; pero aunque lo fuese, no es creible que pudiera trabajar mejor de noche con los ojos cerrados, que de día con los ojos abiertos. No, amigos míos; el que ha hecho esa cabeza es más que un discípulo y más que un copista. Está incorrecta y por con-

cluir; pero se advierte en el pincel el fuego sagrado del genio. Sea quien fuere, pronto lo averiguaremos. ¡Sebastian!

—No crea Vd. averiguar nada por Sebastian, dijo Villavicencio: no sabe más que nosotros; pero no, me equivoco, él mismo afirma positivamente que es el duende.

—Pronto lo veremos.—¡Sebastian!

—Aquí estoy, mi amo, contestó el mulato, que había venido desde la vez primera que lo llamó Murillo.

—¿No te he mandado que duermas aquí todas las noches?

—Sí, mi amo.

—¿Y duermes tú aquí?

—Sí, mi amo.

—Entonces dínos quién es el que viene al salón de noche, ó por la mañana, ántes que lleguen los discípulos. ¿Quién es? respóndeme.

—Nadie, mi amo, contestó el mulato lleno de miedo, y arrancándose, en medio de su aturdimiento, el botón de la manga.

—¡Nadie! Mientes, vil esclavo, mientes. Pues qué, ¿no tienes ojos como nosotros?

Y Murillo señalaba con el dedo la cabeza de la Virgen.

—Nadie más que yo, mi amo; se lo juro, decía Sebastian cruzando las manos.

—Pues oye ahora, dijo Murillo con rostro severo. Quiero saber quién ha pintado aquella cabeza de la Virgen, ¿me oyes? Y lo mismo todas esas figuras que esos señores encuentran todos los días en sus lienzos. Te aseguro que estoy resuelto á saberlo. Escúchame, pues. Esta noche, en vez de dormir, estarás en vela; y si mañana no has descubierto al culpable, recibirás veinte latigazos de mano de mi mayordomo, quien, como hace mucho tiempo lo sabes por experiencia, no los da en vago. Acuérdate de lo que acabas de oír. Si tienes algo que decir, dílo, que te doy permiso para hablar.

—Solo quería decir, mi amo, contestó Sebastian con los ojos anegados en lágrimas, que si esta noche subsiste todo en orden, sin que haya nada en los lienzos de estos señores....

—Eso es diferente; porque entonces, en vez de veinte latigazos, recibirás treinta. Basta lo dicho: ahora, señores, vamos al trabajo.

Empezó la lección, y mientras duró reinó un profundo silencio. Era tal la devoción de Murillo hacia su arte sublime, que no podía consentir que en su presencia pronunciasen sus discípulos palabra alguna profana, entendiéndolo por ésta el gran maestro cualquier palabra que no tuviese relación con la pintura.

(Se concluirá.)

LOS GRABADOS.

EL CARDENAL PECCI.—Pág. 25.

El cardenal José Pecci, hermano de Su Santidad Leon XIII, nació en Carpineto, diócesis de Anagni, el año 1807. Fué educado en el colegio de Viterbo, dirigido por los Padres de la Compañía de Jesús.

En 1824, muerta su madre, entró en el noviciado de los jesuitas en Roma, en San Andrés de Montecavallo; fué destinado á enseñar bellas letras, primero en Urbino, después en Forlì, y en seguida en Reggio de Emilia. En los años 1829 y 1830 enseñó retórica en la ciudad de Módena. Fué llamado á Roma; estudió filosofía por espacio de tres años, y después pasó á enseñar matemáticas y física á Espoleto. Vuelto al Colegio Romano, estudió cuatro años teología, desde 1834 á 1837. En 1838 fué enviado de nuevo á Reggio de Emilia, y enseñó: primero, física y matemáticas, y después metafísica y ética. En 1845, enseñó en Faenza la misma asignatura. Después volvió á enseñar matemáticas en Parma. En 1847 fué llamado á Roma, á desempeñar la cátedra de Historia crítica de la filosofía en el Colegio Romano. Habiendo salido de la Compañía de Jesús en 1851, se retiró cerca de su hermano, entonces Obispo de Perugia, en donde enseñó filosofía hasta la entrada de los piemonteses en dicha ciudad.

En 1861 fué nombrado profesor de filosofía superior en la Universidad Romana de la *Sapienza*, y desempeñó dicha cátedra, hasta que en 1871 se negó á prestar juramento de fidelidad á Víctor Manuel. Por orden de Pío IX, su legítimo soberano, continuó enseñando privadamente.

En 1878 fué nombrado prelado doméstico y vicebibliotecario del Vaticano; mas no por esto dejó de enseñar filosofía del Derecho en el Instituto Histórico-jurídico del palacio Spada hasta su elevación á la dignidad cardenalicia.

Como de estos ligeros apuntes se deduce, pasó su vida estudiando y enseñando. Posee gran caudal de conocimientos, especialmente filosóficos, y una inteligencia de primer orden. Es, sin duda alguna, uno de los sabios más distinguidos del Sacro-Colegio; pero su ciencia iguala á su modestia.

Ama mucho á los españoles. El que estas líneas

escribe, le ha oído hablar con grande elogio de nuestros hombres eminentes.

En suma, es digno hermano del gran Leon XIII.

F.

EL PÓRTICO, LLAMADO DE LA GLORIA, EN LA CATEDRAL DE SANTIAGO.—Pág. 28.

Aunque este grabado se refiere al artículo de los Sres. Fita y Fernández-Guerra, creemos que no estará de más añadir aquí algunas noticias de tan grandioso monumento.

Cuando en 1168 se hallaban paralizadas las obras de la catedral compostelana por falta de recursos, con motivo de la Reconquista, fué en peregrinación al sepulcro del Apóstol el Rey D. Fernando II, el cual, movido de su gran devoción, quiso que se continuasen las obras; y al efecto, confirmó al Arzobispo Gudesteiz en el privilegio de acuñar moneda, y dejó á sus órdenes al arquitecto Mateo, el más hábil de su tiempo.

Obra de este insigne artista es el pórtico de que hablamos, cuya construcción duró veinte años, descubriéndose al público el 1.º de Abril de 1188.

Consta de tres divisiones abovedadas, correspondientes á las tres puertas del templo.

Las del N. y S. son casi cuadradas, y la del centro de doble cuadro. Las tres divisiones están separadas por arcos semicirculares. Los más pequeños tienen dos órdenes de molduras, y el central tres. Este último se halla ocupado por un tímpano, sostenido por un pilar en el centro y repisas en los extremos.

La serie de adornos y esculturas que embellecen este pórtico, no tienen precio. Nuestros lectores pueden ver la descripción detallada en las obras de Zepedano y Villa-amil sobre la catedral compostelana.

Este último asegura, que, como monumento iconográfico, el pórtico de la *Gloria* no tiene rival en el mundo.

«Al pie de la columna del centro, y junto á la lápida funeraria del Arzobispo D. Pedro Muñiz, dice Zepedano, se halla la estatua del arquitecto Mateo; con la mano derecha se golpea el pecho, y en la izquierda sostiene un targeton, en que se lee: *Architectus*. Tenían algunos la costumbre de llevar sus hijos y tocar la cabeza á dicha estatua, en la creencia de que les inspiraría los grandes y elevados pensamientos que se hallan representados en la obra admirable del pórtico de la *Gloria*. De acto tan inocente tomó su origen la denominación de *Santos dos croques*, que por algun tiempo se le ha dado.» ¡Cándido tributo con que la piedad del pueblo celebraba el talento del artista y el poderoso influjo del ejemplo!

ASPECTO DE LA CALLE DE SÈVRES EN PARÍS EL DÍA DE LA EXPULSION DE LOS PADRES JESUITAS.

Pág. 29.

Esta escena, que puede muy bien llamarse «El triunfo de los Jesuitas», ha sido minuciosamente descrita por la prensa diaria. Nada nuevo podríamos repetir si se tratase de revelar los hechos, pues nadie hay ya que lo ignore. Acto de violencia y de tiranía como éste, no se ha visto ni en los días de Neron y Diocleciano. Arrojar, en nombre de la *libertad* y del *progreso*, de sus *propias* moradas á hombres virtuosísimos y sabios, poniéndoles, como foragidos, fuera de la ley común, es un atropello que no tiene nombre ni precedente en la historia de las miserias humanas.

Pero ya que no vamos á relatar los hechos conocidos, aprovechemos esta ocasión para extraer una carta, escrita en el mismo día de la expulsión por el sabio P. Tailhan, al no ménos sabio P. Fita, en la cual se patentiza, con elocuente ejemplo, lo que anteriormente decimos.

El P. Tailhan, que es una de las lumbreras que hoy tienen las ciencias históricas en el mundo sabio, hallábase en París, en la residencia de Sèvres, desempeñando el cargo de Procurador de las misiones del extremo Oriente. Oigamos de sus labios las circunstancias de su expulsión:

«Le escribo en sazón, que no es para dicha, de terneros que ir con la música á otra parte. Se trata de poner en la calle á los Padres de quienes recibo, tiempo há, la hospitalidad más afectuosa. ¿Me echarán también por concomitancia? Puede que sí, mas no acabo de creerlo; porque aquí no estoy sino con

el título de Procurador de aquellas misiones del extremo Oriente, las cuales, en virtud de la última circular de M. Freycinet á los Gobiernos europeos, serán protegidas ahora tanto y más que en ningún tiempo. He pagado regularmente mi inquilinato, que monta 125 francos por mes, y sería cosa de ver que, atropellando la ley que me exceptúa, vengan ahora á recompensar así los méritos del antiguo capellan castrense del 75.º batallón de móviles del Sena, puesto en la orden del día del ejército por herida honrosa que se me infirió en la acción del 21 de Octubre de 1871. Paso por alto mi título de socio honorario de la Real Academia de la Historia de Madrid. Si entre las armas de los esbirros se ahoga el clamor de las leyes, no sería mejor atendida la voz de las letras. Así que, dentro de una media hora, su anciano amigo de usted, con sus 65 años á cuestas, será probablemente arrojado á esas calles, donde, diez años hace, el día 5 de Abril de 1871, tuvo la honra insigne de ser colocado, durante el espacio de más de tres minutos, á tiro de un chassepot, que le apuntaba uno de estos amables comunistas, que no se andaban en chiquitas, y que regresan ahora de Numea. En este momento, por lo que puedo barruntar de lo que oigo y miro á mi alrededor, los agentes de policía que han invadido la casa, se muestran muy pacíficos; con esto me tranquilizo. D. Julio, como Vd. llamaba á su viejo amigo, podrá tratar á las buenas con estos señores; y francamente, lo deseo, porque no siendo expulsado arrebatadamente, se me dejará en paz para proseguir mi alistamiento de misioneros y los envíos mensuales que hago de libros, instrumentos de física y matemáticas, y objetos de toda especie al Celeste Imperio; y además podré continuar ocupándome, como ántes, en las publicaciones científicas ya comenzadas, bien sean aquellas cuya impresión y revisión me están confiadas, verbigracia, la *Conquiología*, del señor Heudé de Chang-hai, ó bien mis producciones propias (1).»

El sabio jesuita refiere después á su colega el descubrimiento que acaba de hacer de «un códice de la famosa crónica de Isidoro de Beja, escrito en el siglo XIII, con letra de tipo gálico, que sustituye al visigótico, bajo el reinado de Alfonso VI.» A seguida pondera la importancia de esta obra, que se propone publicar, y con ella las dos crónicas inéditas que se hallan en el códice del Fuero-Juzgo que perteneció á San Isidoro de Leon, y cuyo descubrimiento se debe al P. Fita.

Luego añade:

«Hablemos ahora, mi querido Padre, de los últimos momentos de mi Odisea. No obstante mis reclamaciones y protestas, me han echado de la casa de la calle de Sèvres á eso de las siete y media de esta mañana. Me han tratado con la más exquisita cortesía; y los dos polizontes que me han puesto la mano al cuello de la sotana para sacarme de mi aposento, pálidos y temblorosos, parecían ménos vivos que muertos. La calle estaba interceptada por los agentes de orden público, lo cual no ha impedido que mi aparición se saludase por las aclamaciones de las masas compactas, que gritaban: ¡*Vivan los jesuitas!* ¡*Viva la libertad!* gritos y aclamaciones que por lo demas han resonado desde las cuatro y media de esta mañana, y se han repetido conforme iban saliendo de la casa los Padres. Hincado de rodillas me pedía el pueblo su bendición, besábame á porfía las manos, y una persona se ha postrado ante la portezuela del coche que debía llevarme con riesgo de hacerse aplastar por las ruedas, y ensangrentar mi pequeño triunfo como el del ídolo de Jaggermath. Gracias á Dios, nada grave ha ocurrido que lamentar... Héme aquí (son las nueve de la mañana) instalado en casa de... y francamente, nuestros enemigos, con toda su habilidad, no podían habernos preparado mejor las simpatías y el respeto del pueblo, que ve en nosotros representada la causa de la justicia y de la libertad verdadera.»

¿Qué mejor explicación del grabado que publicamos?

Quiera Dios que pronto la causa de la justicia y de la libertad verdadera triunfe de sus enemigos para salvación de los hombres y de los pueblos.

Así lo hace esperar la edificante escena de la calle de Sèvres, reproducida en el grabado.

X.

(1) En letra menuda, al pie de esta página, consigna el Padre Tailhan que todo lo que llevaba hasta aquí escrito, lo leyó en son de protesta á los agentes y comisarios de policía.

A LA MUERTE DE UN ANGEL.

SONETO.

En su madre y en Dios cifra su anhelo;
La virtud por diadema la hermosea;
Vida..... encanto..... placer..... paz le rodea:
Era un ángel de amor..... ¡Pobre Consuelo!.....
Tiende la Parca su enlutado velo,
Arde ante el lecho la amarilla tea,
En los aires el bronce clamoorea
Y un alma asciende victoriosa al cielo.
Más dulce muerte que el vivir augura:
¡No es morir esconder podrida escoria
En el hueco de estrecha sepultura!
Que es la muerte estandarte de victoria,
Que en la tierra su mástil asegura
É izado el pabellon flota en la Gloria!

P. FERNANDEZ ABRIL.

MAGDALENA.

NOVELA ORIGINAL DE LIA CRESSEDEN.

Bienaventurados los pacíficos,
porque serán llamados hijos de Dios.

«Magdalena de Bord á Valentina de Guercy».

Buenos días, querida amiga. Son las nueve: como pensionista que acaba de salir del colegio, he dormido la mañana; y si mi primer pensamiento ha sido para Dios, mi primera carta será para tí. Te aseguro que tengo más penas de las que podré decirte; ¡tenía tantas esperanzas de que se cumpliría la última voluntad de mi madre y de que no saldría hasta los veinte años de este convento de Nuestra Señora, donde he sido tan feliz! Atórméntame muchas preocupaciones; esta pobre imaginación hállese siempre inquieta, y no puede estar tranquila. Ahuyento las negras fantasmas con un buen acto de sumisión, y abandono á la Providencia; ¿qué importa en dónde pasé mi vida, con tal que sea según Dios?

Te prometí ser sincera contigo, querida Valentina; voy á contarte mis impresiones de llegada. Sabes cuán precipitada é inesperada fué mi partida: mi padre, lejos de mí á causa de sus negocios y de sus placeres, no me hacía sino muy pocas visitas; supe, por casualidad, que se había vuelto á casar, y esta circunstancia pareció alejarlo aún más de mí. ¡Nunca te he confesado cuán cruel me parecía este olvido, y cuántas lágrimas derramaba en secreto cuando mis compañeras hablaban de sus gozos de familia, este festín del corazón en el que yo no tenía derecho de sentarme! Y de repente, en medio del año, me llaman con una orden formal; y antes que hubiera podido hacerme cargo de la realidad de mi desgracia, abrazo llorando á nuestras buenas madres, tan llenas de abnegación; á nuestras amigas, tan cariñosas y tan buenas; te digo adiós, mi buena Valentina; subo al carruaje, y desaparece todo lo pasado.

¡Ah! lo comprendí muy bien en aquel momento; había pasado para siempre el tiempo de mis hermosos años, el tiempo de las locas alegrías y de no tener sinsabores! Teresa, el ama de mi madre y mi anciana amiga, estaba tan pálida como yo abrazándome; recordaba las supremas recomendaciones de su ama, y á pesar suyo la oí murmurar:

«¡Si la pobre señora viese lo que pasa! No debíais haber salido hasta dentro de tres años, pobrecita mía.»

Muchas veces me había yo misma preguntado por qué mi santa madre había deseado que se pasase mi juventud en el claustro. Me parecía que esto no se había hecho en vano, que mi madre me amaba demasiado para no ver, á la luz clarísima de su última hora, cuáles eran mis verdaderos intereses; la reflexión de Teresa me hizo presentir las tristezas que me esperaban.

Después que hube llorado, bien á pesar de sus amistosas exhortaciones, me calmé un poco para interrogar á Teresa; quería hablar y callarse, y sus reticencias me exaltaban en extremo.

Señorita; encontrareis muchos cambios en Valvert, tanto más, que debéis acordaros muy poco de él desde que salisteis para el colegio. ¡Jesús! yo misma os llevé á Nuestra Señora, tan chiquita y blanca como érais, una Virgen de cera. Lo que Dios guarda está bien guardado: estais ya tan crecida y tan her-

mosa como la pobre señora..... ¡Ah! señorita, no es menester hablar mal de nadie; pero nunca podré creer que los hombres tienen un corazón como nosotros. Se ha hablado mucho en el país del segundo casamiento del señor..... Los pobres no han ganado nada en el cambio..... Pero ya la vereis, señorita, y que San Miguel me preserve murmurar.

—¿Sabes por qué se me hace volver, mi buena Teresa?...

—El señor tiene sin duda sus razones, que le habrá inspirado la señora, porque no tiene voluntad propia... No sé si debo preveniros, querida mía, que hay mucha gente en Valvert...

—Habla, Teresa; piensa que ignoro todo absolutamente; mi padre no me ha confiado nunca nada de lo que me concierne. Hago mal en hablar de ese modo; amo y respeto á mi padre; los hijos no necesitan ser iniciados en las cosas serias.

—Y bien, encontrareis allí dos hermanos y tres hermanas; no es extraño si el señor no se inquieta nada por su primogénita, la pobre huérfana. Vamos, señorita, las madres se deberían llevar á sus hijos consigo, puesto que se llevan su felicidad. Querida mía, no quiero decir que el señor no os quiera, pero está de tal modo subyugado, y temo tanto que tengais que sufrir! Al ménos, vuestra vieja Teresa os será siempre fiel.

Estaba atónita, pero no en el sentido que suponía Teresa. Hermanos y hermanas, ¡qué alegría! ¡cómo voy á quererlos!

Este fué mi primer movimiento, y mi compañera lloraba. Vino la reflexión: me preguntaba cómo no se me había anunciado todos estos felices eventos; cómo se me había dejado abandonada como un paria, sin llevarme para que conociera esta nueva familia que debían partir conmigo el amor de mi padre. ¡Ah! ¡Valentina, no he acusado á nadie, pero he sufrido mucho!

Teresa sin duda se reprochaba de haber hablado demasiado, porque dejó de hablar por largo rato. En seguida, pareció que se esforzaba en evitar que la conversación recayera sobre Valvert. Adivinas que no tenía en el pensamiento más que eso; ¡había habido hasta entonces algo de extraño en mi vida! No era huérfana, y, sin embargo, nadie se ocupaba de mí fuera del convento; no tenía días de salida, ni largas y alegres vacaciones, y á pesar de eso, todo mi corazón estaba con mi padre, y olvidaba mi timidez para decirselo cuando venía á pasar una hora conmigo.

Este largo viaje, esta vuelta, de la cual ignoraba la causa, todo era triste. ¡Cuántas veces había soñado con ese día en que volvería al hogar doméstico, á los brazos de mi padre! ¡Qué motivo le había impedido el venir él mismo á reclamarme! Me hice mil preguntas estos dos días....

«Hé aquí Valvert», dijo de repente mi compañera. Me puse en la portezuela, ansiosa; me parecía que iba á ver un pedazo del cielo. Mis recuerdos más lejanos me lo retrazaban, este castillo, donde vivió mi madre, y que fué el testigo de los placeres de mi infancia; y vagamente, en un rincón de mi memoria, he entrevisto muchas veces la imagen bendita de esta madre, que se fué demasiado pronto á su verdadera patria. Desde su ventana, ella vigilaba mis juegos en la pradera con mi joven vecino Amaury. Este tiempo duró poco...

Sollocé sobre el hombro de Teresa cuando se paró el coche. Se oyeron unos pasos precipitados cuando se bajó el estribo; mi padre me tomó en sus brazos y me llevó al vestíbulo, cubriendo mi frente de besos. ¡Qué dulce momento en desquite de los años de frialdad y de indiferencia! Si hubiera habido en mi corazón el menor resentimiento contra mi padre, este recibimiento lo hubiera hecho desaparecer. Mi padre lloraba, sin duda al recuerdo de aquella que no existía.

Murmuró muchas veces:

«¡Hija querida! ¡Mi pobre hija!»

Hubiera deseado que este momento durase siglos. Volví á encontrar un bien perdido; una ternura que había dormitado hasta entonces. Pero volví muy pronto á la realidad.

«Ven á ver á tu madrastra, y prométeme quererla.»

Mi padre podía pedirme todo en este instante, en que me tenía estrechada contra su corazón. Lo comprendí, porque un rayo de alegría iluminó su mirada, y pasando mi brazo en el suyo, me hizo atravesar algunos salones suntuosos, y me introdujo en uno muy grande. Temblaba entrando en él; un presenti-

miento secreto me advertía que entraba en país enemigo.

Mi madrastra me acogió con demostraciones demasiado exageradas para ser sinceras, y que desmentía la mirada dura y fría que cubría mi débil persona como con un manto de hielo. Hermanos y hermanas me abrazaron cada uno á su vez, y me caí más bien que me senté en un sillón.

Me veía extraña en este interior, en esta familia, y el techo de mi madre no era ya el mío. ¡Locura! dirás tú, Valentina. He procurado desahogar de mí esta impresión desesperada; pero sin poderlo obtener, y lo sé, no seré feliz!

Mi padre se puso á hablar conmigo del convento, de mis estudios, de mis buenas maestras. Su voz no tenía las entonaciones cariñosas y conmovidas que habían encantado mi oído en el vestíbulo; su actitud había cambiado completamente. La mirada investigadora de Mme. de Bord no me abandonaba. Es más alta que yo; hermosa cuanto pude juzgar, á pesar de su expresión altiva y el pliegue desdeñoso de su labio. Su postura anuncia la dominación; la ironía vibraba en cada una de las palabras que me dirigía. Cuando habla con mi padre es con una gracia irresistible; por eso está él hechizado, y no me admira que me haya olvidado.

¿Quieres conocer los otros miembros de mi nueva familia? La mayor, Ana, once años; el retrato de su madre: después Mauricio, diez años; un hermoso muchacho alborotador: Juana, nueve años, una pequeña hada graciosa, que tiene salidas de mucho talento: Roberto, siete años, muy serio y muy orgulloso; y la última, Camila, cinco años, una criaturita encantadora que quiere y acaricia á todo el mundo.

Los nombres me agradan; las cubiertas son frescas y bonitas; ¿qué hay debajo de ellas? No lo sé.

Ruega por mí, querida Valentina, y quíereme siempre.»

«Valentina de Guercy á Magdalena de Bord.

Mil gracias, queridísima amiga, por esta primer carta, que al mismo tiempo me ha causado tanto placer como pena. Te echo tanto de ménos, que el ver tu letra es un consuelo; pero sufres, pobre amiga, mientras que nosotras somos tan felices en Nuestra Señora. Deja que te regañe un poco..... estoy segura que ves todo negro, y que si yo estuviera contigo, las dos nos arreglaríamos una vida muy cristiana y muy útil en Valvert. Madre Ambrosia ha leído tus confidencias, y en seguida me ha dicho:

«¡Pobrecita sensitiva, tan querida aquí!

»Pediremos mucho á Dios por ella. Que no se espante de encontrar el dolor en su camino; el Salvador, ¿no ha proclamado bienaventurados los que sufren?»

¿Por qué nos has dejado ántes de la hora, Magdalena querida? Las flores de tu jardín inclinan con tristeza su corola, y hasta el jardín grande no me parece tan hermoso; nuestras compañeras no pronuncian tu nombre sino con acento doloroso; tu sitio en la capilla está vacío, y esta tarde, en la bendición, nos ha faltado tu voz tan amable. Y partiremos nosotras también, como se alejan las abejas de sus colmenas, los pájaros del nido, las mariposas del verjel; y estas amigas venerables, estas madres cuya solicitud nos sigue á cada paso, verán á otras niñas reemplazar á la generación que se fué y llenar el redil. Esto es como un panorama visible que se desarrolla ante ellas. Esta debe ser una de sus grandes tristezas; haber puesto su corazón en el corazón de otro para no volverlo á ver, es probable en este mundo; volver á empezar cien veces esta obra de la educación á la cual nada se puede comparar, sembrar para no recoger..... ¡Pero ellas trabajan para la eternidad, y Dios es el que las recompensa!

Ando errante por los pasillos, por las salas, como si debieras tú aparecerme en alguna vuelta; en todas partes vive tu recuerdo.

Las cortinas de la capilla tú las has bordado; los mapas se deben á tu paciencia; el herbario de la clase superior es tu obra; las flores del altar pequeño tus dedos hábiles las han cortado; la demostración escrita en el cuadro es tu último trabajo, y nadie ha tenido valor para borrarla. Madre Ambrosia nos ha dado como composición de estilo *La salida del convento*. Tenía más ganas de llorar que de escribir..... En la lección de historia, encargada de hacer el resumen del reinado de Isabel de Castilla, por dos veces le he

dado el nombre de Magdalena á la gran reina, y por algunas miradas maliciosas de mis vecinas he podido sospechar que las frecuentes distracciones producidas por tu ida no han sido favorables á mi relacion.

En el curso del dibujo tenía que bosquejar aquella horrible vieja, que es un estudio de fealdad; ¿te acuerdas? Cuando Madre Jerónima ha pasado junto de mi caballete, estaba acabando una cabecita ideal, que se parecía mucho á mi querida Magdalena.

¡Te sonríes! he hecho muchas otras cosas por este estilo. ¡Es que eras como mi hermana!

¡Cómo me alegraría de saber que estás satisfecha de tu suerté, viviendo en buena inteligencia con todos los que te rodean! Las dificultades no serán tuyas, estoy segura; pero tendrás tal vez que cerrar los ojos sobre la falta de miramientos, sobre la malevolencia; ¡no dejes de hacerlo, mi buena Magdalena! Toma por divisa «Olvido y perdón.» Si conociera á la señora de Bord, le diría que Magdalena quiere ser con ella una hija cariñosa; pero tú misma se lo dirás, querida mía. ¡Es verdad que las penas y los dolores son inevitables en este mundo! Apenas te has alejado del asilo escogido por tu madre, ya encuentras el desengaño; felizmente sabias lecciones te han preparado para esto; tendrás valor, abnegacion, indulgencia. Tus amigas de Nuestra Señora te ayudarán en la lucha; pedirán por tí mientras que tú combates.

Es muy grave lo que te escribo, y no quiero olvidar las noticias locales. Gran asueto para celebrar los cincuenta años de profesorado de la Madre San Agustín; amnistía general; motin en la clase de las pequeñuelas, en la cual Gabriela introdujo furtivamente un gato; paseo á la luz de la luna buscando mariposas nocturnas. Esto es todo.

Mi madre me escribió ayer; sabes el lugar que ocupas en su corazón. ¡Qué de cosas te desea! Mi hermano va á pasar muy pronto su segundo exámen de Derecho; nosotras debemos asegurarle su éxito.

Todo el convento te abraza, y yo más fuerte que todas las demas.

TU VALENTINA.

(Se continuará.)

CRONOMETRÍA.

MEDIO FÁCIL DE OBSERVAR UN RELOJ POR MEDIO DE LAS ESTRELLAS FIJAS Y SIN AUXILIO DE INSTRUMENTO ALGUNO.—La revolucion diurna de las estrellas fijas es una medida de tiempo más perfecta aún que la del sol. El regreso de la estrella al meridiano indica el movimiento entero de la esfera, y la revolucion completa de la tierra alrededor de su eje.

La aceleracion diurna de las estrellas fijas, ó su paso por el meridiano, es la cantidad necesaria para que el sol llegue al meridiano, ó bien el tiempo suficiente para recorrer el sol los 59 minutos, 8 segundos de que adelanta hacia Oriente, con relacion á la estrella, en 24 horas solares por término medio.

El cálculo de la aceleracion diurna de las estrellas da por día tres minutos, cincuenta y nueve segundos, novecientos dos milésimas de segundo solares (3'55",902).

Esta aceleracion, finalmente, compruébase por el medio que vamos á indicar, que está al alcance de todo el mundo, y no exige el empleo de logaritmos, ni el de líneas trigonométricas, ni, en fin, ninguna clase de cálculos. Hé aquí cómo:

En uno de los cristales de la ventana del cuarto del observador, y á la altura de su ojo, se pega un disco de papel de ocho centímetros de diámetro, teniendo en su centro una abertura circular de ocho milímetros. Con este ocular, y tomando por objetivo uno de los ángulos verticales de la chimenea ó cualquier objeto saliente de una casa próxima (á 40 metros de distancia próximamente), se tiene todo lo que se necesita.

Se puede observar hacia el Sud, Oeste, Este y hasta hacia el Norte; todas las direcciones son buenas; pero lo que sí importa es observar estrellas fijas de primera ó segunda magnitud, que se hacen notar por su brillo, porque las estrellas pequeñas harían más difícil la observacion.

La estrella elegida entre las que se presentan por la noche entre las seis y las nueve, sobre la línea ó visual que determina el ocular y el objetivo, suponemos que haya sido observada al primero de mes. Y supongamos que ese día, en el momento de pasar la estrella por dicha posicion, marcasse el reloj las ocho y veinticinco minutos. Al día siguiente, en el momento de pasar á ocultarse la estrella tras el objetivo, el reloj deberá marcar las ocho y veinticinco minutos, menos 3',59",9; es decir, las ocho y veintinueve minutos, cuatro segundos y un décimo de segundo (8 h. 21'.4",1). Al día siguiente, 3 del mes, el reloj deberá marcar 8 h. 25'-3'55",9 x 2, ó sean las 8 horas 17'.08",2 si en efecto anduviese bien. De manera, que para conocer el retraso que correspondería al reloj, sería necesario multiplicar 3'55",9 por el número de días transcurridos desde el día siguiente á la primera observacion, y con el resultado efectuar la sustraccion de la hora observada el primer día.

Efectuando este cálculo para un período de diez días, tendremos los resultados siguientes, con cuyas comprobaciones y la hora que en realidad marque el reloj, se tendrán los retrasos ó adelantos de aquél.

Primer día.....	3' 55",9
Segundo id.....	7' 51",8
Tercero id.....	11' 47",7
Cuarto id.....	15' 43",6
Quinto id.....	19' 39",5
Sexto id.....	23' 35",4
Séptimo id.....	27' 31",3
Octavo id.....	31' 27",2
Noveno id.....	35' 23",1
Décimo id.....	39' 19",0

Puede ocurrir que el tiempo no permita hacer observaciones diarias á causa del tiempo lluvioso, y que, por ejemplo, no pueda hacerse la observacion hasta el séptimo día (sin contar con el primero) si la hora marcada el día de la primera observacion eran las 8 h. 25' habrá que descontar 27'.31",3, y el reloj, si anda bien, deberá marcar las 7 h. 57'.28",7, y en caso contrario la diferencia de esta hora con la que marque el reloj será el adelanto ó el atraso del reloj en los siete días transcurridos.

(Journal des Géomètres.)

ADVERTENCIAS.

1.ª Rogamos encarecidamente á nuestros suscritores cuyo abono haya terminado, se sirvan renovar ó dar aviso de su renovacion lo más pronto posible para calcular la tirada del tomo que ha empezado. Con la buena fe que es de suponer en nuestros tratos y la rectitud de conciencia que es propia de todos, creemos, para acomodarnos al uso corriente, que los suscritores que no devuelven el número ni dan aviso en contrario, siguen favoreciendo con su concurso á LA ILUSTRACION CATÓLICA, que representa, como sabe todo el mundo y es fácil convencerse, una obra de propaganda religiosa.

2.ª Encarecidamente rogamos también á los señores suscritores que adeudan desde hace tiempo cantidades á esta Administracion, se sirvan remitirlas lo más pronto posible, para no vernos obligados á girar contra ellos, lo que nos sería muy sensible.

LA ILUSTRACION CATÓLICA ocasiona al propietario enormes gastos, y los católicos que le ayudan á sobre llevar esta carga deben procurar ser exactos en sus pagos para no agravar tan costosas tareas.

3.ª Á todos los que se suscriban por un año, haciendo el pago directamente en la Administracion de la Revista, se les remitirá, franco de porte, el libro intitulado PEREGRINACION ESPAÑOLA EN ITALIA, por el señor Perez Villamil.

4.ª En uno de los próximos números se comenzará á repartir la portada y el índice del tomo III.

EL ADMINISTRADOR.

Madrid, 1880.—Imprenta Hispano-Filipina, Plaza del Biombo, núm. 4.

Para los anuncios franceses, los Sres. J. Saisset y Bertal. 11, Rue Cadet, 11, París.

SECCION DE ANUNCIOS.

En Madrid: Centro de Publicidad de los Señores Storr y Muñoz, Ballesta, 7, bajo.

SUMA FILOSÓFICA DEL SIGLO XIX

Ó SEA

DEFENSA DEL CATOLICISMO CONTRA SUS MODERNOS ADVERSARIOS.

Coleccion de documentos demostrativos de la doctrina de la Iglesia en el orden dogmático sobrenatural, filosófico, científico, político y social, formada

POR

NARCISO JOSÉ DE PEÑALVER Y PEÑALVER, CONDE DE PEÑALVER.

El prospecto de la *Suma filosófica del siglo XIX*, merece llamar la atencion del público cristiano.

El primer tomo de esta obra consta de 598 páginas de impresion á dos columnas, de letra compacta, pero de buena lectura, y comprende el material de seis tomos de tamaño ordinario; su precio: en rústica 36 rs.; en pasta 44.

El tomo 2.º (1.ª parte) consta de 1.644 páginas, también á dos columnas, y comprende el material de 18 tomos: en rústica 36 rs.; en pasta 44.

El tomo 2.º (2.ª parte) consta de 1.700 páginas: en rústica 36 rs.; en pasta 44.

El tomo intitulado *O'Connell, El Antecristo y la revelacion de San Juan* consta de 1.240 páginas, y comprende el material de 12 tomos: en rústica (total de la obra 95 tomos) 28 rs.; en pasta, 36.

Remitido cada tomo por el correo, franco de porte (sin certificar), se añadiran al precio en rústica 2 rs. y 3 en pasta.

Recibiendo los valores en libranzas sobre el Tesoro ó en letra, se remitirán los tomos al punto que se designe.

Importa mucho indicar la provincia á que el punto designado corresponda. Los pedidos se dirigirán á los Sres. Pons y Comp.ª, Librería Católica, calle de Archs, 8, Barcelona.

El producto de la venta de todos estos volúmenes se dedica íntegro al Dinero de San Pedro.

PUNTOS DE DESPACHO:

Barcelona: Jaime O' ver, Mendizábal, y 14; Pons Compañía, Archs, 8; Sucesor de la Viuda de Plá, calle de la Princesa; Viuda é hijos de Subirana, calle de la Puertaferri; D. Carlos Vives, plaza de Santa Ana; D. Eudaldo Puig, Plaza Nueva.

Madrid: D. Miguel Olamendi, calle de la Paz, 6; Viuda é hijo de D. Ensebio Aguado, Pontejos, 8; Sres. Perdigüero y Comp.ª, San Martín, 3, junto á la del Arenal, y en las demas librerías principales del Reino.

ACADEMIA DE IDIOMAS.

En la calle del Caballero de Gracia, núm. 34, pral., ha abierto clases de inglés, francés, alemán, holandés, noruego, sueco y ruso, el profesor Schütz, ex-catedrático de Lenguas de la Universidad de París.

La facilidad y sencillez de su método está bien acreditado por la experiencia.

CONFITERIA DE GONZALEZ

Postigo de San Martín, 21.

Especialidad en dulces finos á 5 y 6 reales libra.—Caramelos, pastillas y confituras á 5 y 6 reales, almibares de todas clases á 4 rs. libra.—Se hacen encargos de ramilletes, tartas, manguitos, bandejas, etc., con prontitud y esmero. Todo se sirve á domicilio.

LA CIENCIA ITALIANA,

PERIÓDICO MENSUAL

DE FILOSOFÍA, MEDICINA Y CIENCIAS NATURALES.

Este periódico, escrito en italiano, se publica en Bolonia, una vez al mes, bajo la direccion del caballero doctor signore Marcelino Venturoli.

Cada cuaderno ó número consta de 96 páginas en 8.º grande, en excelente papel y esmerada impresion.

El precio de suscripcion es. 32 rs. al semestre y 60 al año en la Península, y 100 reales anuales en las provincias de Ultramar. Las suscripciones serán pagadas anticipadamente, sin cuyo requisito no se servirán pedidos.

Los que deseen suscribirse se dirigirán al señor Administrador de *El Siglo Futuro*, D. Félix Noriega, calle del Tarco, 13 duplicado, bajo derecha, debiendo remitirse á nombre del referido señor el importe de las suscripciones.

NOTA.—Dicho periódico comenzó á publicarse en el año 1876; los que deseen adquirir todas las colecciones desde el citado año, pueden hacer el pedido enviando su importe en la forma ya expresada.